CAPÍTULO LXXIX. *De cómo Cortés determina hacer bergantines y envía a Martín López a Tlaxcalla a disponer esta fábrica; y se dice el mucho número de gente que tenía de su confederación*

DETERMINADO FERNANDO CORTÉS, viendo que las cosas se encaminaban bien, de volver a Tlaxcalla para apretar la empresa de Mexico, llegó antes el señor de Chinantla a visitarle con un gran presente; recibióle con mucha honra y regalo; túvole a su mesa y dándole algunas joyas que estimó en mucho, le despidió y se volvió a su tierra contento. Los castellanos de la villa de Segura asentaron en Tepeacac, en una casa que estaba en un sitio muy fuerte y dejándoles por su capitán a Pedro de Ircio, hombre cuerdo y valiente y con él a Francisco de Orozco y a todos los enfermos, se partió para Tlaxcalla. Supo en el camino que después de haber vuelto a Xamayca los navíos de Francisco de Garay (de que atrás queda hecha mención), determinó de volver a enviar a poblar el río de Pánuco, que está del puerto de la Villa Rica, cincuenta leguas, la costa abajo al poniente, estando ya todos los señores de aquella provincia confederados con Fernando Cortés y ofreciendo el reconocimiento y obediencia al rey. Llegó pues al río de Pánuco el capitán Diego de Camargo con tres carabelas, enviado de Xamayca por Francisco de Garay, el cual todavía porfiaba en querer poblar aquella tierra; llevaba en ellas ciento y cincuenta hombres de mar y guerra; siete de a caballo y alguna artillería. Subió por el río siete leguas; surgió junto a ciertas poblazones; echó gente en tierra y como los naturales, que por el rey habían dado la obediencia a Fernando Cortés, tenían orden que tratasen bien a los cristianos que por allí acudiesen, los recibieron con buena gracia y por algunos días los proveyeron de lo que habían menester; y después (o fuese, porque a los indios parecía el número de la gente poco y cansándose de sustentarlos, no los tenían en la opinión y estimación que a la gente de Cortés, o porque los mismos castellanos les debieron de dar ocasión), se juntaron en mucho número y enviaron a amenazar al capitán Camargo, el cual sentido de esto los quiso castigar; pero aguardándole los indios, a tiempo que iba a quemar cierto lugar, dieron sobre él y le desbarataron, y la gente, una parte por tierra otra por mar, procuró de salvarse. Las carabelas navegaron el río abajo, seguidas de muchas canoas, hasta que fueron echadas del puerto; quedaron muertos los siete caballos y diez y ocho infantes y allí dejaron una carabela; y como su embarcación fue tan apriesa no pudieron proveerse de bastimento, por lo cual fue necesario, dende a pocos días, echar en tierra la gente sana, porque para morir de hambre quisieron más aventurar sus vidas y, yendo la costa arriba, buscar algunos castellanos de los de Cortés.

Los naturales de la tierra, creyendo que era gente de Cortés, los llevaron por la costa arriba, quince o veinte leguas, hasta llegar a Nauhtlan, que

llamaron Almería y con el buen tratamiento que allí se les hizo pudieron llegar a la Villa Rica, doce leguas de Nauhtlan. Las carabelas navegando por tomar el puerto, cuatro leguas antes se anegó la una y la gente, sin peligrar, se salvó en la otra, la cual se anegó también dentro de diez días en el puerto y no fue poco haberse salvado los de los navíos, lo cual no hicieran si en Almería no les dieran algunos bastimentos con que pudieron matar la hambre. El teniente de capitán de Fernando Cortés, que estaba en la Villa Rica, recibió esta gente y la trató bien, lo cual no sucediera en Nauhtlan si Cortés no hubiera hecho el castigo que queda referido de Cohuatlpopoca, porque la tierra estuviera rebelada y estos castellanos perecieran. Quejábase Cortés que Francisco de Garay le divertía de sus empresas y se inquietaba la tierra que tenía pacífica y suplicaba al rey no lo permitiese ni que otro ningún capitán le fuese a perturbar, pues llevaba de tal manera encaminadas las cosas de su servicio que resultaría de ello mucha gloria y honra a Dios y utilidad a su corona; pero esto no se entendió así, antes se hizo al contrario.

Fernando Cortés, algo embarazado con la gran enfermedad de viruelas que había generalmente entrado en toda la tierra, de que morían muchos, aunque se salvaban los que tomando el consejo de los castellanos no se bañaban, ni rascaban, pensaba en disponer las cosas de la empresa de Mexico, viéndose con buen número de castellanos (aunque no los que fueran necesarios); y con tantos amigos confederados y toda la gente muy inclinada a seguirle, consideraba la dificultad de la laguna y que si no era señor de ella, por las calzadas era imposible sujetar la ciudad. Trató con Martín López, hombre muy hábil y experimentado, que como se habían podido hacer los cuatro bergantines en Mexico, se labrasen doce o trece en Tlaxcalla, que desarmados se llevasen las catorce leguas que hay hasta la laguna; venciéndose algunas dificultades que se ofrecieron en ello, Cortés quisiera ir a tener el día de Navidad en Tlaxcalla; porque no pudo, acordó de enviarle adelante, a dar orden a la fábrica. Envió también cuatro navíos, que se hallaban en la Vera Cruz del armada de Narváez, a La Española, por gente, armas, caballos y municiones, con el oro y plata, que le pareció que podía bastar para este gasto y poder para obligarle, en caso que no alcanzase el oro. Escribió al Audiencia y al licenciado Rodrigo de Figueroa y a sus amigos dando cuenta de la felicidad que hasta entonces Dios le había dado y de la que adelante esperaba que le daría. Enviólos para muestra de ello, presentadas, joyas, plumajes, mantas y ropas, cuya extrañeza y riqueza confirmaba bien la de la tierra, por lo cual se movió mucha gente para venir, aunque el Audiencia no permitió a todos hacer la jornada. A esta razón, dice fray Bernardino de Sahagún, que desembarcó un capitán español, llamado Francisco Hernández y que se fue luego a Tlaxcalla con toda su gente y munición de artillería y copia de caballos, de lo cual todos los españoles que estaban afligidos recibieron gran consolación y esfuerzo y todos se animaron y juntaron y determinaron de volver contra sus enemigos los mexicanos.

Y aunque estaba Cortés certificado que los confederados le habían de

acudir bien, dábale cuidado si habían de perseverar y la forma para sustentarlos en campaña; porque era necesario tanto número, para la provisión de vitualla, como para pelear en la guerra, porque todo se llevaba a cuestas. Con todo eso tomó ánimo, con el gran número de gente que había para todo y la voluntad con que mostraban irle a servir; porque la señoría de Cempoalla, de los puertos abajo en la costa del mar, en cincuenta villas y lugares, con sus fortalezas y casas fuertes, que eran de su liga, tenía más de ciento y veinte mil vecinos. En la señoría de Tlaxcalla, de puertos arriba, adonde había sesenta señores de vasallos, tenía más de ciento y veinte mil vecinos. En la señoría de Huexotzinco, cincuenta mil. En la señoría de Cholulla, cuarenta mil. En la provincia de Tepeacac, Acatzinco y Quecholla, ochenta mil. En las ciudades de Quauhquechulla, Itzocan, con todo lo a ellas sujeto, veinte mil, sin otros muchos pueblos y señores que sería prolijo el decirlos.

CAPÍTULO LXXX. *Que en Mexico alzaron por rey a Quauhtemoctzin, por muerte del rey Cuitlahuac, hermano de Motecuhzuma, que murió de viruelas; y lo que dijo a la nobleza mexicana y la muestra que Fernando Cortés tomó a su ejército en Tlaxcalla y muerte de Maxixcatzin*

LEGADO MARTÍN LÓPEZ A TLAXCALLA, para entender en la fábrica de los bergantines, dio a la señoría el recado de Cortés y luego proveyó de gente para que se cortase la madera y diese principio a la obra, y cuando llegó a Tlaxcalla, dicen algunos que halló a Maxixcatzin muy malo y que le dijo que se quería bautizar y morir cristiano y que Martín López envió apriesa a dar aviso de esto a Cortés y que Cortés envió a fray Bartholomé de Olmedo que le bautizase y que llegando a tiempo le hizo algunas preguntas y que le bautizó y que murió católico cristiano, con mucha devoción; porque quiso Dios premiar al que sólo fue causa que los cristianos se conservasen en esta tierra para mayor honra suya y bien de tantas almas. Esto dice la relación castellana; pero hace contradición a lo que decimos en el libro de el bautismo acerca de los que se bautizaron de aquesta señoría, que fueron los cuatro cabeceras, de los cuales es uno este Maxixcatzin. Y yo tengo aquel hecho por más verdadero que éste, porque en todas las pinturas que hay de esta historia y bautismo están todos cuatro juntos bautizándole y señalado el ministro que fue el clérigo Juan Díaz, y no fraile. Y esta pintura está en la portería de el convento de Tlaxcalla y ellos con sus nombres cristianos y gentílicos sobre sus cabezas. Y pues desde los principios de esta conversión indiana está hecha la pintura y pasa sin contradición de indios ni españoles, es cosa cierta que aquello pasó así y no como esta relación dice. Pero lo que no niego es que puso en su lugar en la cabecera a un hijo suyo, que después se bautizó y llamó Juan